

tas reglas. Rogamos al Señor te conceda para ello sus celestiales auxilios, y en el interin benignamente te concedemos nuestra apostólica bendicion. = Dado en santa María la mayor á 29 de agosto de 1821. = De nuestro Pontificado el 22. = Pio Papa VII.

*Si tales eran los sentimientos de la cabeza de la Iglesia y los de los señores Obispos, cuales hemos visto en tantas Exposiciones, no eran menos animados los de los fieles por su conservacion: de todas partes llopián á los Córtes Representaciones de los pueblos pidiendo la subsistencia de sus respectivos conventos, y nunca pudo decirse mas expresa la voluntad general. Por solo el convento de Dominicos de Santillana hemos visto diez y siete Representaciones; los Párrocos y Ayuntamientos de los del Partido de Priego en la Alcarria hicieron simultáneamente otra pidiendo por aquella comunidad, y así en otras partes; pero sordos los gobernantes á los gritos de la Religion y de la piedad, cuanto mas vivos eran aquellos, tanto mas se esforzaban en su destruccion; y no sabiendo como contradecirlos ó las despreciaban, ó con ironía insultante respondian, como en sesion pública lo hicieron del convento de Carmelitas de las Batuecas: si son tan buenos, por lo mismo, que se supriman; que así saldrán por el mundo á darnos egemplo. Siempre aborrecieron los lobos á los perros.*

DISERTACION

SOBRE

LA ESENCIA Y CAUSAS DEL CISMA,  
sus males y efectos, y doctrinas que  
por lo comun lo preparan en los  
Estados (\*).

El grande y magestuoso edificio de la Iglesia agitado y conmovido desde su fundacion en tan fuertes y repetidos vaivenes cuantos

---

(\*) Si hubiésemos de manifestar las circunstancias críticas, y en medio de que tribulaciones se escribió la presente *Disertacion*, que ya ofrecimos en el tomo IV, acaso se admirarian nuestros lectores: perseguido su Autor muy desde luego por sus principios religiosos, huyendo de pueblo en pueblo, pero animado siempre del celo de precaver á los españoles del *cisma* que veía les amenazaba, alentado por el señor Arzobispo de Zaragoza, y otros eclesiásticos, al fin pudo terminarla, con quanto trabajo Dios lo sabe: acaso no haya paragrafo que no haya sido escrito en diverso pueblo. Como el fin era de que pudiese correr mas libremente sin comprometer á las personas á quienes se hallase, el Au-

son los diversos cismas y heregías que en su mismo centro se han levantado, presenta y descubre por elocuente manera la robusta solidez y sábia trabazon con que está erigido, y de que manera tan eficaz Jesucristo, piedra angular de todo el edificio, rompe, destroza y deshace á todo lo que se empina y levanta por las pasiones humanas contra este único y sólido fundamento. La historia eclesiástica en la larga sucesion de diez y nueve siglos descubre épocas en las que parece debió verse la Iglesia abatida, trastornada, y aun aniquilada por las irrupciones violentas de los cismáticos y hereges; y aunque es cierto que no pocas veces se vieron arrancadas en estas embestidas algunas escogidas y preciosas pie-

---

tor procedió con la cautela de no singularizarse con los revolucionarios; pero dando si la doctrina de manera que cada uno pudiese por sí hacer las aplicaciones; y con solo reflexionar si las que diariamente se oian y leian en los *Periódicos*, y en los folletos del día eran ó no las mismas, dedugese las consecuencias, y si podíamos temer tan graves males; aun así el Autor se vió obligado á huir á Francia, donde ha egercitado su celo religioso entre los extrangeros: gustosísimamente hubiéramos dado su nombre, pero nos ha rogado encarecidamente no se manifieste: contento con haber hecho el bien, y arraigado en los que leyeron su escrito la fe de la Iglesia; todo lo demas, dice, importa nada: nosotros al paso que condescendemos con sus deseos, no podemos menos de alabar su modestia: *novit Dominus qui sunt ejus.*

dras del edificio, nunca lograron desquiciarse sus profundos cimientos, ni aun menoscabar su propia y singular hermosura.

Deliciosamente se arrebató la humana razon cuando medita en la historia eclesiástica la manera tan prodigiosa con que la sábia y diestra mano del divino Arquitecto supo no solo reparar con ventajas estas parciales pérdidas del edificio, sino tambien sacar en su favor las mayores utilidades de ataques tan formidables; ventaja tan notoria y manifiesta en los diversos cismas de la Iglesia, que es mas que suficiente para hacer callar á los modernos incrédulos, cuando han sacado motivo para despreciar y desestimar la Iglesia en la historia de sus combates. Pero aunque esta es tan visible contraída á la conservacion de la Iglesia por la mano del Omnipotente que la sostiene en tan violentas vicisitudes, es aun mas palpable la que aparece meditadas las peculiares circunstancias y propio carácter de todos los cismáticos.

El desarreglo de su conducta con que han desmentido la mision de escogidos reformadores de que intentaban personarse, la uniformidad de capciosos artificios de que se valieron los primeros y últimos, con que han manifestado la mala causa que defendian, y la pública infidelidad con que han reproducido nuevas objeciones desentendiéndose de

sus antiguas respuestas, proporciona á la Iglesia una brillante y esclarecida gloria, cuando es atacada por medios tan reprobados: esa asercion, cuyas pruebas debemos extraer de la historia eclesiástica, nos compromete para no divagarnos demasiado en reflexionar sobre algunos principales hechos.

Entre la pérdida de importantes documentos y escasez de interesantes noticias de los dos primeros siglos, se conservan por confesion de los eruditos las que corresponden á la historia de Marcion, presbítero de una de las Iglesias del Ponto. Habiendo manchado este la pureza de su estado con el desenfreno de una vergonzosa pasion, fue depuesto por su Obispo, y excluido de la comunión de su Iglesia; providencia que graduó su orgullo de injusta, ocultándole el público escándalo que ocasionaba su incontinencia; y bien persuadido á que desfigurando ó tergiversando su delito la Silla de Roma podria absolverlo de el, emprende á ella un viage tan dilatado: mas bien fuese, como creen algunos historiadores con Cristiano Lupo, que hubiese avisado á Roma el Obispo Senopiense de los justos motivos que le asistieron para deponer á Marcion, ó bien como creen otros, porque no presentó las cartas recomendaticias, requisito indispensable entonces para ser admitido á la comunión, es muy cierto que en Ro-

ma encontró una absoluta negativa á su pretension. San Epifanio citado por Mamachi en su obra de las *Antigüedades*, para comprobar la relacion de este hecho (en la heregía 42. pág. 422.), dice: Que resentido vivamente Marcion de esta tan justa repulsa, y herido de la mas refinada soberbia, *vehementer exandescens, ac superbia invidiaque percitus*, dijo estas palabras: *Ecclesiam vestram ego dissociabo, in eamque schisma sempiternum immittam*. Funesto desahogo que tuvo entonces la venganza de este disoluto, cebándose despues en los prontos é infelices progresos que nos recuerda la historia.

Las atroces tropelías cometidas en el conciliábulo Efesino contra san Flaviano y otros dignos Prelados, las intrigas manejadas por medio de los Condes favoritos del débil Teodosio para deponer al sábio Teodoreto, y los graves perjuicios que en el progreso del Nestorianismo lloraban las Iglesias ortodoxas, nos recuerdan á un Dioscoro de Alejandria, causa verdadera de tantos males, y fiel imitador de Marcion en el odio á la Iglesia de Roma; pues poseido de la mas refinada soberbia, abanzó hasta deponer á san Leon.

En la circunstanciada narracion que hacen de este hecho los Padres de Calcedonia escribiendo al Emperador y á san Leon, y en la que queda referida del disoluto Marcion,

puede ya reflexionarse no solo el injusto motivo con que los cismáticos se han separado del cuerpo de la Iglesia á que pertenecian, sino que solo pasiones violentas ó vergonzosas han sido los resortes que escitaron el rompimiento de su separacion, y que despues de hecha la continuaron y sostuvieron. ¿Cuántas pruebas pudieran añadirse de las injustas maquinaciones de Focio contra san Ignacio de Constantinopla, y su conducta contra san Nicolás I, en la que repitió la atroz y desmedida arrogancia de Dioscoro, atreviéndose á pronunciar sentencia de excomunion contra aquel grande Pontífice? Pero avancemos á épocas mas recientes. La vergonzosa incontinencia de Ecolampadio, Cranmer, Bucero, Ochino, Pedro Martir, y demas reformadores del siglo XVI, que ahogaron los gritos de su conciencia, atropellando en su desordenada conducta el justo reclamo del estado santo que habian abrazado, acreditan suficientemente, que el *vano deseo* de buscar la verdad en materias religiosas y con solas las fuerzas del espíritu, *está frecuentemente unido á la vil y vergonzosa irresolucion de no refrenar las brutales pasiones* (\*). Asi apareció en

(\*) He aqui en dos palabras el principio, móvil ó causa de todos los hereges y cismáticos: el espíritu de vanidad y soberbia, ó el abandono de las pasiones y desenfrenada

los corifeos de la reforma, cuyas relajadas costumbres eran tan notorias, que Calvino no se detuvo de echárselas en cara á Lutero, (como consta de toda la epístola ad Buling. tom. 9.), hombre tan incontinente, que abandonando su instituto, y renunciando á los votos solemnes, casó con la madre Sor Catalina de Boren, de la que tuvo tres hijos, vano y tan lleno de sí mismo, que precipitándose de unos en otros errores, no recibia impresion alguna ni aun con ver que su doctrina se reprobaba por muchas universidades, especialmente por la de París, y que se condenaba con los mayores anatemas por la Sede romana. Calvino su compañero arrojado por sus infames torpezas de la ciudad de Noyon, se refugió en Ginebra, en donde se le persiguió como sedicioso y revolucionario: y para no hablar de la conducta particular de todos los reformadores, nos remitimos á la *historia de las variaciones* de Bossuet, donde vemos citado á Erasmo, quien en la epíst. 41. tom. 1.

---

conducta: la induccion pudiera hacerse por todos los siglos, sin exceptuar uno solo: célebre es el testimonio de Teodoro Beza, cuando convencido su entendimiento, y no hallando que responder á los argumentos que un sabio le hacia sobre volver á la Iglesia Romana, y dejar la Reforma, retirándose de pronto á un aposento, y sacando una jóven de la mano, vuelto á ella, *estos ojos*, dijo, *me impiden no ser católico.*

hablando de Ecolampadio, uno de los principales heresiarcas ó autores de la reforma, censura en él á todos sus partidarios con estas palabras manifestadoras de la conducta relajada de todos: *Nuper Ecolampadius duxit uxorem puellam non inelegantem; vult, opinor, affligere carnem. Quidam apellant Luteri tragediam; mihi videtur esse comedia, semper enim in nuptias exeunt tumultus.*

No puede prescindirse al observar el testimonio público que dió á la verdad Erasmo, y que es extensivo á la conducta de todos los cismáticos de su siglo, el inferir la íntima conexión que tiene la perversidad de la voluntad con los extravíos de la razón: unión que debe encontrarse en todos los cismáticos y hereges que han perseguido é impugnado á la Iglesia; pues como escribia Tertuliano de Neron, el primer perseguidor de la fe, "fue el tirano mas vicioso, porque el que «aborrece nuestra Religión, jamas tuvo amor «sincero á la virtud, y por el odio que le «tuvo Neron se puede juzgar de su excelencia;" razon por la que contaba san Pablo escribiendo á los Galatas entre las obras manifiestas de la carne á las sectas y disensiones, y san Judas une á la intemperancia en la comida é incontinencia, el empeño del herege en murmurar y contradecir las leyes y doctrinas de la Iglesia. De todo lo que inferimos

(como presupuesto para continuar) esta natural y legitima consecuencia, que someter la presuntuosa é inconstante razon al yugo de la fe, y encadenar los desarreglados deseos de las pasiones al severo moral del Evangelio, es un doble sacrificio que por costoso y difícil ha empeñado y empeña á los hombres que no han querido hacerlo á constituirse obstinados cismáticos, y hereges: doble motivo porque la Iglesia recibe una esclarecida gloria de no ser atacada sino por hombres corrompidos y de conducta relajada.

Observemos ahora si los capciosos artificios de reforma y encendido celo por la pureza de la Iglesia ha sido en sus efectos verdadero ó fingido para encubrir la mision de reformadores con que han intentado personarse los cismáticos.

Pelagio, admirador aparente de las virtudes de santa Demetriades, y cuyo carácter hipócrita logró el ser elogiado por san Paulino, reputándole como un gran siervo de Dios: Eutiques, austero archimandrita que paliaba la desobediencia á todo un Concilio general con la estrecha clausura que habia observado siempre en su monasterio, y otros muchos que pudieran citarse, acreditarían en la historia de los primeros siglos, cuán funestos y desgraciados efectos produjo en la Iglesia el solapado carácter de estos reformadores:

pero acerquémonos á épocas mas inmediatas.

La reforma principiada en el siglo XVI conmovió á todos los países de la Alemania que la adoptaron, y una triste experiencia enseñó á la Europa, que la desenfrenada licencia de costumbres, y el desconcierto mas general en los principales exes de la sociedad, fueron las ventajas que recibieron, en lugar de las soñadas utilidades que les prometian: cuadro horrible que aterró hasta á los principales autores de la reforma, retrocediendo de las miras que en ella se propusieron, segun confesaron ellos mismos. Lutero, que tanto despreciaba la autoridad del Papa apellidándole *canalla de la Sodoma Romana*; y *Anticristo que no cesaba de corromper la Iglesia de Dios*, graduó despues su autoridad por muy necesaria para detener el torrente de la depravacion, asegurando que veia á los hombres mas avaros, y vengativos y desarreglados, que lo eran en el tiempo del papismo. (Past. sup. Evang. Dom. 1. Adv.) Igual confesion hizo Calvino y otros reformadores, quienes graduaron de precipitacion é imprudencia haber desechado tan pronto la autoridad del Papa; porque sin ella, decian, la tiranía va á ser mas insoportable que nunca. Samuel Puffendorf meditando tamaños desastres no se detuvo en asegurar, que la supresion de la autoridad

del Papa habia acarreado al mundo infinitas semillas de discordia. Tan cierto como esto es lo que inferia de la historia de estos últimos siglos un juicioso y moderno crítico, á saber, que cuando se quiso por los reformadores la anarquía eclesiástica, el Papa es el Anticristo; y cuando se vieron y tocaron los males ocasionados por este rompimiento, su autoridad comenzó á ser indispensable: legítima ó precisa alternativa que demuestra en toda la historia, que cuando se quiere el orden en la Iglesia, el Papa es necesario; pero cuando se desea el desorden, el Papa es del todo inútil.

Notorios son los males y desgracias en que se ha envuelto en estos últimos dias la Iglesia de Francia, una de las mas brillantes de Europa. La historia de todo lo ocurrido en la Asamblea nacional para formar la Constitucion civil del Clero; las medidas adoptadas por Camus, Trehillart y Martineau, sus autores; la correspondencia de este y otros miembros de la Asamblea con Scipion de Riccis, y los sólidos y enérgicos discursos de muchos doctos Obispos, entre ellos el de Clermont, acreditan suficientemente que la Constitucion civil fue una sagaz medida para comprometer á los mas dignos Prelados, y ponerlos en la dura alternativa de abandonar sus diócesis, ó hacer traicion á su ministerio, admi-

tiendo y jurando una doctrina del todo cismática. Es cierto que algunos de estos Prelados merecieron ser llamados nuevos Eusebios y Atanasios; y aun de todos dice Pio VI en su Breve de 10 de marzo de 1791: *Una eorum vox fuit, una confessio inhærendo primæ Petri cathedræ in suis exercendis tuendisque juribus, in adversando novitatibus;* pero tambien lo es, que obligados por su conciencia á dejar sus Sillas, experimentó la Iglesia de Francia los mas infelices y desgraciados resultados, que debia producir la observancia de una Constitucion "que desquicia" (son palabras de Pio VI en su citado Breve) "y mina sordamente toda la potestad eclesiástica, cortando las mas principales relaciones del Papa con sus Obispos, y cuyos autores se dejaron poseer de los mismos sentimientos que Enrique II y Enrique VIII de Inglaterra, trasladándolos á la letra en la Constitucion, y con ellos presentándola como un verdadero modelo de los principios y conducta de estos dos cismáticos Príncipes." Las diversas pastorales de los Obispos de Francia reunidas en diez tomos, entre otras las de Juan René, Obispo de Bolonia, la del Obispo de Langres, de Soissons descubren el estado cismático á que se habia reducido la Iglesia de Francia, sumergiéndose todas sus diócesis en un abismo

de males que no podian ser dignamente llorados. La conducta del Obispo de Autun contrapuesta á la del virtuoso Obispo de Senéz, y otros muchos egemplares que pudieran citarse de respetables Cabildos y sábios Curas que se resistieron á reconocer á los intrusos, y á jurar la Constitucion civil, patentiza como esta fue una piedra de escándalo, que agitó y conmovió á toda la Iglesia de Francia, desfigurando su antigua hermosura, y arrancándole el decoroso y recomendable lugar que ocupaba en todo el mundo católico; fruto único de la reforma propuesta por la Asamblea.

Este tan reciente, terrible y desgraciado egemplo parece debia empeñar á hombres sábios á escribir tratados formales sobre las doctrinas y principios que habian dirigido á los autores de la Constitucion en su empresa cismática prevista hacia algunos años por doctos Obispos de aquella Iglesia para evitar tantos males en otras naciones; pero no hemos visto se hayan publicado, acaso por no reproducir lo que se encuentra extensamente tratado en obras magistrales; mas bien meditadas y ponderadas las transcendentales desgracias que acompañan á un cisma, parece no estará demas en las vicisitudes políticas que experimenta la Europa, circunstancias siempre felices para los nova-

dores, presentar un escrito (para que se vea á un solo golpe de luz) lo que es en sí mismo el gravísimo y funestísimo mal de un *Cisma*. Objeto único que nos ha animado á reunir las especies que comprende este escrito, distribuidas para mayor orden en tres artículos: 1.º en qué consiste la naturaleza del delito del cisma, y de cuántos modos se comete: 2.º los graves y transcendentales males que produce; y 3.º las doctrinas que prepararon y sostuvieron el último de la Iglesia de Francia, en el que se impugnará la doctrina general propagadora de un cisma para que todas se precavan.

*Artículo 1.º en que se demuestra la naturaleza del delito del cisma.*

Sólido, uniforme y constantemente nervioso ha sido siempre el estilo y lenguaje que los santos Padres han usado impugnando á los cismáticos. San Cipriano escribiendo contra los Novacianos, san Agustín contra los Donatistas, san Gerónimo contra los Luciferianos, y los mas célebres teólogos y famosos apologistas contra los últimos reformadores, han demostrado enérgica y fuertemente que la separación del cismático de la Iglesia era ilegítima en sus principios, criminal en sus medios, y muy funesta en sus efectos; obra toda de espíritus ambiciosos,

superficiales, inconstantes y soberbios, que se proponían dominar sin mas misión que las que les proporcionaba el interés y agitación de las pasiones humanas; justa y exacta idea que ha formado y formará siempre el propio y especial carácter del cismático, que avanza á cometer tan horrendo delito, cuya naturaleza y gravedad vamos á descubrir, partiendo de los principios mas sólidos en la materia.

Cuando resolvió el Señor derramar su espíritu sobre toda carne, dando cumplimiento total á la alianza celebrada en los dias de Noé; cuando debió verificarse aquella rara transformación del universo, preconizada y aplaudida por los Profetas en tan bellas y animadas metáforas; y cuando la indistinta multitud de animales inmundos (imagen verdadera de los gentiles) fue presentada á san Pedro en el éxtasis que refieren las Actas apostólicas, principió á verse con la mas justa admiración que gentes de distintas naciones, costumbres, y aun lenguas, se reunieron á un solo redil, excitadas y atraídas del reclamo del divino Pastor. La extensión de este rebaño á todos los tiempos, regiones y países, forma la *catolicidad*, por la que es distinguido. La pureza heroica de costumbres forma la singular belleza ó *santidad*, porque es admirado; y la *unidad y apostolo-*



*licidad* son, digámoslo así, los íntimos y esenciales lazos que eslabonan y estrechan su admirable y magestuosa configuracion; medio por el que es propia y singularmente conocido. Aunque es muy cierto que estas cuatro *notas* son esenciales ó características de la Iglesia, sin embargo en las dos últimas es donde se estrella y confunde mas el cismático cuando sostiene está dentro de la Iglesia, despues de haber roto su unidad y apostolicidad. Consideremos, pues, separadamente como el cismático corta en la transgresion de su crimen estas dos preciosas y características señales de la Iglesia.

La *unidad* encargada y recomendada por Jesucristo á sus Apóstoles de tan diversas y tan significantes maneras en el Evangelio de san Juan, pedida y suplicada al Padre con el mayor interes y energía en aquella célebre oracion del capítulo 17, debia ser, no solo la propia y singular señal de la verdadera Iglesia, sino tambien una prueba manifestadora por sí misma eficazmente de que su direccion y gobierno estaba á cargo de todo el poder del Excelso que habia bajado al mundo á fundarla y establecerla, segun concluye Jesucristo el citado discurso. La Iglesia, pues, visible en la tierra, ha de ser *una*, segun la intencion de su fundador, y lo es en cuanto es una la fe, una la espe-

ranza, una la caridad, uno el espíritu que la vivifica, unos los Sacramentos que dispensa, y una la obediencia y sujecion á sus legítimos Pastores; lazos íntimos y tan esenciales á la unidad, que cortado alguno de ellos de este admirable cuerpo, ya deja de ser el que formó Jesucristo; y el que lo intentase conseguiria solo, segun la expresion de san Cipriano, formar una Iglesia humana, pero no la divina.

La inconstancia natural del espíritu humano, el orgullo irritante de que tan frecuentemente se deja poseer, y la desmedida ambicion por ser gefe de un partido, son resortes que agitan las pasiones humanas para promover la destruccion de toda sociedad ó cuerpo moral; atacada entonces su unidad, en la que estriba su principal fuerza y subsistencia, se la ve avanzar á su destruccion y ruina á proporcion de lo que son fuertes y encontrados estos vaivenes; porque, como observó Ciceron, en ellos acude con mas prontitud la parte corrompida y estragada, que no la sana y justificada; de donde resultan aquellos extraños egemplares que nos presenta la historia de sociedades, cuyas constituciones gozaban de una perfeccion moral, tan poco comun en las obras de los hombres, que se han visto destruidas luego que el interes público de la unidad se pospuso al par-

ricular del ciudadano; medida siempre fecunda de empresas ilícitas, gestiones interesadas y desordenados deseos, cosas todas tan contrarias á la unidad del bien comun.

A presencia de esta demostracion deducida de los principios de una sana política, no podemos menos de asegurar que si la Iglesia es una sociedad visible de hombres que ha de dirigirse por un sistema propio y peculiar, ó esta habria ya de haberse aniquilado, ó que aquellos (los hombres) por ser miembros de este cuerpo se han desnudado de las pasiones que los agitan, ó que hay un centro de verdadera autoridad que reconcentra en unidad á los miembros de este gran cuerpo; porque si la razon alegada por Ciceron tiene lugar en todas las sociedades civiles, ¿cuánto mas en la Iglesia que por ser *católica* se extiende á tan diversos y lejanos países: por ser *santa* tiene declarada guerra continua á las pasiones en la severidad de su moral; y por ser *una* no admite en el depósito de la fe modificacion, ni interpretacion alguna en la sublimidad de sus misterios, por mas que lo contradiga la indocil y soberbia razon? Meditados, pues, los continuos y fuertes choques que habia de sufrir la Iglesia en su constitucion misma de la ordinaria disposicion moral de los hombres, es necesario confesar que no se hubiera forma-

do ni subsistido en unidad, segun la intencion de su fundador, sin que hubiese una cabeza nombrada por él que reuniese y coligase tan distintos miembros.

La fuerza incontestable de esta razon está reconocida aun por los autores mas enemigos de la Silla Apostólica. Pascual Quésnel en sus *Reflexiones al Nuevo Testamento* asegura, que esta consociacion que tienen en unidad todas las Iglesias con la de Roma desde el principio hasta nuestros dias, es el mayor consuelo para los católicos; pues se ven reunidos los presentes con los antiguos en la unidad de una misma fe: *Consolatio est antiquis ac nobis videre se in eadem fide junctos illi Ecclesiae, &c. &c.*

Nicolás Hontheim en su supuesto *Febonio*, cap. 2. part. 4, 5, 6, asegura ser necesario el Primado en el Papa para el bien de la unidad, el que gradúa de tanta interesante consecuencia, que añade: "*Bien, sin el que es imposible que la Iglesia dure y subsista: palabras sobre las que no podemos menos de reflexionar, que aunque son en sí mismas una sincera confesion de la verdad, estan en contradiccion positiva con las doctrinas que el mismo Febonio establece en su obra, y que han admitido despues otros canonistas; porque en efecto, si la unidad en todo cuerpo moral es hija de la obediencia y sujecion de todos*